

y no en lo que depende de los otros (*z*), haciendo solamente de modo que evite ser aborrecido como ahora mismo acabo de decirlo [34].

(34) A no ser que esto dé mucho trabajo y estorbo.  
R. C.

*z*. Dice Plutarco, en la vida de Licurgo, que habiendo aflojado mucho Eurithión en la autoridad real para complacer al pueblo, y reconociéndose éste más fuerte, se volvió insolente y licencioso; de lo que resultó, que habiendo querido algunos sucesores de Eurithión recuperar la autoridad real para contenerle, fueron aborrecidos mortalmente.

## CAPITULO XVIII

DE QUÉ MODO LOS PRÍNCIPES DEBEN GUARDAR

LA FE DADA

¡Cuán digno de alabanzas es un Príncipe, cuando él mantiene la fe que ha jurado, cuando vive de un modo íntegro y que no usa de astucia en su conducta! [1]. Todos [2] comprenden esta verdad; sin embargo, la experiencia de nuestros días nos muestra que haciendo varios príncipes poco caso de la buena fe, y sabiendo con la astucia, volver á su voluntad el espíritu de los hombres (3), obraron

(1) Admirando hasta este punto Maquiavelo la buena fe, franqueza y honradez, no parece ya un estadista. G. (a)

(2) Esto es el vulgo. G.

(3) Arte que puede perfeccionarse todavía. G.

*a*. Maquiavelo estaba lejos de pensar, en este particular, tan mal como los romanos. No veneraban estos á Jano como el más prudente de los antiguos reyes de Italia, ni le representaban con dos caras, mas que á causa de la duplicidad, en la que él hacía consistir su prudencia (Macrob.) Maquiavelo, por lo demás, no hace aquí mas que exponer las lecciones de la experiencia, de la que resultan aquellas máximas de política que, desgraciadamente, la perversidad de los hombres obliga á seguir por necesidad.

grandes cosas (4), y acabaron triunfando de los que tenían por base de su conducta la lealtad (5).

Es menester, pues, que sepais que hay dos modos de defenderse: el uno con las leyes, y el otro con la fuerza. El primero es el que conviene á los hombres, el segundo pertenece esencialmente á los animales; pero, como á menudo no basta, es preciso recurrir al segundo (6). Le es, pues, indispensable á un Príncipe, el saber hacer buen uso de uno y otro enteramente juntos. Esto es lo que con palabras encubiertas enseñaron los antiguos autores á los príncipes, cuando escribieron que muchos de la

(4) Los grandes ejemplos le forzan á discurrir según mi modo de dar otros semejantes. G.

(5) Los tontos están acá abajo para nuestros gastos secretos. G.

(6) Es el mejor, supuesto que uno no trata sino con bestias. R. C.

Se engañaron como perfectos ignorantes, los que creyeron que él no exponía esta teoría, deducida de la práctica, mas que á fin de hacer odiosos á los príncipes, porque la halló sancionada hasta en las repúblicas; y cree con arreglo á ello que les es igualmente necesaria por las mismas razones. El Pretor de los latinos Aenio Satino, decía en su Senado, según refiere Tito Livio: "¿debemos observar un tratado, aun justo, si puede acaecer que él nos haga perder nuestra libertad? *Nam si etiam nunc sub umbra foederis oequi servitute pati possumus.*" Se ve, añade Maquiavelo en su cap. XIII del segundo libro de sus *Discursos sobre las Décadas* de este historiador, que los romanos, en sus primeros acrecentamientos, no se privaron del recurso del fraude. Fué necesario éste siempre á los que, partiendo de un principio muy mediano, suben á elevados puestos; y se hace menos vituperable, á proporción que está más encubierto como lo estuvo el de los romanos.

antigüedad, y particularmente Aquiles, fueron confiados, en su niñez, al centauro Chiron, para que los criara y educara bajo su disciplina (7). Esta alegoría no significa otra cosa sino que ellos tuvieron por Preceptor á un maestro que era mitad bestia y mitad hombre; es decir, que un Príncipe tiene necesidad de saber usar á un mismo tiempo de una y otra naturaleza; y que la una no podría durar si no la acompañara la otra.

Desde que un Príncipe está en la precisión de saber obrar competentemente según la naturaleza de los brutos, los que él debe imitar son la zorra y león enteramente juntos. El ejemplo del león no basta, porque este animal no se preserva de los lazos, y la zorra sola no es más suficiente, porque ella no puede librarse de los lobos (8). Es necesario, pues, ser zorra para conocer los lazos, y león para espantar á los lobos (b); pero los que no toman por

(7) Explicación que nadie había sabido dar antes de Maquiavelo. G.

(8) Todo esto no es sino muy verdadero en la aplicación suya que él hace á la política. G.

b. Esta máxima era, según refiere Plutarco, la de aquel famoso Lisandro que puso fin á la interminable guerra del Peloponeso, destruyó la democracia en Atenas, é hizo tantas esclarecidas conquistas. Como le afeaban el haber logrado ciertos triunfos por medio del fraude y artificio, respondió, riendo, "que él creía deber abrazar la astucia de la zorra, cuando prevenía no poder acertar fácilmente con la fuerza del león; ¡y que lo que no podía eje-

modelo mas que el león, no entienden sus intereses (9).

Cuando un Príncipe dotado de prudencia, ve que su fidelidad en las promesas se convierte en perjuicio suyo, y que las ocasiones que le determinaron á hacerlas no existen ya, no puede, y aun no debe guardarlas, á no ser que él consienta en perderse (10).

Obsérvese bien que si todos los hombres fueran buenos, este precepto sería malísimo (11); pero como ellos son malos (c) y que no observarían su fe con respecto á tí si se presentara la ocasión de ello,

(9) El modelo es admirable sin embargo. G.

(10) No hay otro partido que tomar. G.

(11) Pública retractación de moralista. G.

cutarse por medios decentes, era menester hacerlo con el fraude y artificio! Era el mismo Lisandro que decía que se entretiene á los hombres con palabras y piramentos, como se entretiene á los niños con huesecillos. (*In Lacedem*).

c. Nuestra navecilla pública y privada, dice Montaigne, está llena de imperfecciones... nuestro ser está cimentado con calidades enfermizas; la ambición, celos, envidia, vergüenzas, superstitión y desesperación viven con nosotros, con una tan natural posesión, que la imagen suya, se reconoce también en las bestias, verdaderamente con la crueldad, vicio tan contrario á la naturaleza: porque en medio de la compasión, sentimos en lo interior no sé qué agrídulce punta de deleite maligno, en ver sufrir á otro, y los niños la sienten. El que quitara las semillas de estas propiedades en el hombre, destruiría las condiciones fundamentales de nuestra vida. Del mismo modo, en toda policía, hay oficios necesarios, no solamente viles sino también viciosos; los vicios hallan allí su lugar, y se empiegan en la unión de nuestro trato, como los venenos en la conservación de nuestra salud. Si ellos son excusa-

no estás obligado ya á guardarles la tuya, cuando te ve como forzado á ello (12). Nunca le faltan motivos legítimos á un Príncipe para cohonestar esta inobservancia [13]; está autorizada en algún modo, por otra parte, con una infinidad de ejemplos (d); y podríamos mostrar que se concluyó un sinnúmero

(12) *Par pari refertur*.

(13) Tengo hombres ingeniosos para esto. R. I.

bles, es porque son una necesidad nuestra, y que la necesidad común borra su verdadera calidad; es menester dejar juzgar esta partida á los ciudadanos más vigorosos, y menos tímidos, que sacrifican su honor y conciencia, como aquellos otros antiguos sacrificaron su vida por la salud de su país... El bien público requiere que se falte á la fe, se mienta y asesine; demos esta comisión á unas gentes más obedientes y flexibles."

Después de un grande elogio de la buena fe, prosigue Montaigne: "No quiero privar al engaño de su puesto, sería entender mal del mundo. Sé que él sirvió á menudo de provecho, y que mantiene y alimenta las de las profesiones de los hombres. Hay vicios legítimos, como muchas acciones ó buenas ó excusables, ilegítimas. La justicia, natural y universal de sí, se arregla de otro modo y más noblemente que esta otra justicia especial, nacional y limitada á la necesidad de nuestras policías. (*Ensayos*, 1. 3, c. 1).

d. Maquiavelo hubiera podido hallar muchos en la antigüedad. No citemos más que uno de ellos, referido por Plutarco. Cuando los griegos vacilaban en quebrantar sus tratados con Antígono y Cratero, después de haber abrazado la libertad que les había ofrecido aquel Archidamo, á cuyas acciones y sabiduría se dieron sumas alabanzas, desvaneció éste sus escrúpulos con una reflexión casi enteramente semejante. "La oveja, les dijo, no tiene nunca mas que una sola lengua; pero el hombre no recibió en balde la facultad de tener muchas, diferentes las unas de las otras, y de hacer uso de todas hasta que él haya acabado lo que ha emprendido hacer." Al referirnos este rasgo Plutarco, añade que Archidamo quería decir, con esto, que un Estado, ó su Príncipe, pueden faltar á su fe cuando hallan utilidad en ello; y el filósofo griego confiesa, en efecto, que no hay animal cuya voz pueda variarse tanto como la del hombre (*Plut. in Lacedem*).

de felices tratados de paz, y se anularon infinitos empeños funestos por la sola infidelidad de los príncipes á su palabra [14]. El que mejor supo obrar como zorra, tuvo mejor acierto (e).

Pero es necesario saber bien encubrir este artificio natural y tener habilidad para fingir y disimular (15). Los hombres son tan simples, y se sujetan en tanto grado á la necesidad, que el que engaña con arte, halla siempre gentes que se dejan engañar (16). No quiero pasar en silencio un ejemplo

(14) En general, aun se halla en esto más beneficio para los gobernados, que por otra parte se ve escándalo. R. I.

(15) Los más hábiles no pueden disputármele. El Papa dará noticia de ello. R. C.

(16) Mentís atrevidamente; el mundo está compuesto de necios: entre la multitud, esencialmente crédula, se contarán poquísimas gentes que duden; y ellas no se atreverán á decirlo. R. C.

e. El filósofo Mably, hacia el fin del siglo pasado, confesaba que podían sacarse de estas máximas de Maquiavello *consecuencias útiles á la humanidad*; y hé aquí lo que con arreglo á ello aconsejaba á las potencias del segundo orden en su tratado de los *Principios de las negociaciones*.

“Las potencias del segundo orden, para hacerse recomendables durante la paz, decía, tienen interés en mantener las divisiones entre las grandes potencias, y lisonjear sus pasiones; en aparentar tomar parte en sus miras por medio de *dobles negociaciones* dirigidas con finura y de un modo *equivoco*; y en dar esperanzas á todas las partes, sin contraer no obstante esto ningún empeño declarado. Es verdad que un Príncipe, con esta conducta, no se concilia la amistad de las potencias superiores; pero esta amistad le sería inútil, y las acostumbra á no pasarse sin él.”

“La guerra le es útil, porque ella le vale varios subsidios; y la paz que la termina le será siempre provechosa, con tal que fiel

enteramente reciente. El Papa Alejandro VI no hizo nunca otra cosa más que engañar á los otros; pensaba incesantemente en los medios de inducirlos á error; y halló siempre la ocasión de poderlo hacer (17). No hubo nunca ninguno que conociera mejor el arte de las protestaciones persuasivas, que afirmara una cosa con juramentos más respetables, y que al mismo tiempo observara menos lo que había prometido. Sin embargo, por más conocido que él estaba por un trapacero, sus engaños le salían bien siempre á medida de sus deseos, porque sabía dirigir perfectamente á sus gentes con este estratagemata (18).

No es necesario que un Príncipe posea todas las virtudes de que hemos hecho mención anteriormente; pero conviene que él aparente poseerlas (f). Aun me atreveré á decir que si él las posee realmente, y las observa siempre, le son perniciosas á veces; en vez de que aun cuando no las poseyera efec-

(17) Ellas no faltan. R. C.

(18) ¡Terrible hombre! si él no honró la tiara, extendió bien á lo menos sus Estados; y le debe sumos favores la Santa Sede. La hora del contrapunto ha dado. R. I.

siempre á sus máximas, tenga el arte poco difícil de hallarse, al fin de la guerra, el aliado de la potencia que la haya hecho con más fortuna.”

f. Carlos V decía siempre, prometiendo: *á fe de hombre de bien*; y hacía después lo contrario de lo que había jurado.

tivamente, si aparenta poseerlas, le son provechosas (19). Puedes parecer manso, fiel, humano, religioso, leal, y aun serlo (20); pero es menester retener tu alma en tanto acuerdo con tu espíritu, que, en caso necesario, sepas variar de un modo contrario.

Un Príncipe, y especialmente uno nuevo, que quiere mantenerse, debe comprender bien que no le es posible observar en todo, lo que hace mirar como virtuosos á los hombres; supuesto que á menudo, para conservar el orden en un Estado, está en la precisión de obrar contra su fe, contra las virtudes de humanidad, caridad, y aun contra su religión (21). Su espíritu debe estar dispuesto á volverse según que los vientos y variaciones de la fortuna lo exijan de él; y, como lo he dicho más arriba, á no apartarse del bien mientras lo puede (22), sino á saber entrar en el mal, cuando hay necesidad (g).

(19) Los necios que creyeron que este consejo era para todos, no saben la enorme diferencia que hay entre el Príncipe y los gobernados. R. I.

(20) En el tiempo que corre, vale mucho más parecer hombre honrado que serlo en efecto. R. I.

(21) Supuesto que tenga una. R. C.

(22) Maquiavelo es severo. R. C.

g. El Príncipe, dice también Montaigne, cuando una urgente circunstancia, y algún impetuoso é inopinado accidente, de la ne-

Debe tener sumo cuidado en ser circunspecto, para que cuantas palabras salgan de su boca, lleven impreso el sello de las cinco virtudes mencionadas; y que para que, tanto viéndole como oyéndole, le crean enteramente lleno de bondad, buena fe, integridad, humanidad y religión (23). Entre estas prendas no hay ninguna más necesaria que la última (24). Los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos; y si pertenece á todos el ver, no está mas que á un cierto número el tocar. Cada uno ve lo que parece ser; pero pocos comprenden lo que eres realmente (25); y este corto número no se atreve á contradecir la opinión del vulgo que tiene, por apoyo de sus ilusiones, la majestad del Estado que le protege (26).

En las acciones de todos los hombres, pero especialmente en las de los príncipes, contra los cuales no hay juicio que implorar, se considera simple-

(23) Es exigir mucho también, la cosa no es tan fácil, se hace lo que se puede. R. C.

(24) Bueno para su tiempo. R. C.

(25) ¡Ah! aun cuando ellos lo comprendieran.... R. C.

(26) Esto es con lo que yo cuento. R. I.

cesidad de su Estado, le hace torcer su palabra y fe, ó de otro modo le echa fuerza de su ordinario deber, deba atribuir esta necesidad á un golpe de la ira divina.... Le era preciso hacerlo; pero si lo hizo sin pesar, y no le perjudica el hacerlo, señal de que su conciencia está en malos términos. (*Ibidem*).

menre el fin que ellos llevan. Dedíquese, pues, el Príncipe á superar siempre las dificultades, y á conservar su Estado. Si sale con acierto, se tendrán por honrosos siempre sus medios, alabándoles en todas partes (*h*): el vulgo se deja siempre coger por las exterioridades, y seducir del acierto (27). Ahora bien, no hay casi mas que vulgo en el mundo; y el corto número de los espíritus penetrantes que en él se encuentra, no dice lo que vislumbra, hasta que el sinnúmero de los que no lo son no sabe ya á qué atenerse (28).

Hay un Príncipe en nuestra era que no predica nunca más que paz, ni habla más que de la buena fe; y que, á observar él una y otra, se hubiera visto quitar más de una vez sus dominios y estimación. Pero creo que no conviene nombrarle (*i*).

(27) Triunfad siempre, no importa cómo; y tendreis razón siempre. R. I.

(28) ¡Fatal y mil veces fatal retirada de Moscow! E.

*h.* Salustio decía también que "Cuanto se hacía para retener una dominación, era decente; y que no había nada glorioso sino lo que aseguraba la conservación suya: *Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinendoe dominationis honesta.*

*i.* Maquiavelo quiere hablar aquí de Fernando V, Rey de Castilla y Aragón, que no debía la conquista de Nápoles y Navarra mas que á su mala fe y perfidias.

## CAPITULO XIX

EL PRÍNCIPE DEBE EVITAR SER DESPRECIADO  
Y ABORRECIDO

Habiendo hecho mención desde luego de cuantas prendas deben adornar á un Príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, á lo menos brevemente y de un modo general, diciendo que el Príncipe debe evitar lo que puede hacerle odioso y despreciable (1). Cada vez que él lo evite, habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro ninguno en cualquiera otra censura en que pueda incurrir (2).

Lo que más que ninguna cosa, le haría odioso, sería como lo he dicho, ser rapaz, usurpar las propiedades de sus gobernados, robar sus mujeres: y debe abstenerse de ello (3). Siempre que no se qui-

[1] No tengo que temer el menosprecio. Hice grandes cosas: me admirarán á pesar suyo. En cuanto al odio, le pondré vigorosos contrapesos. R. C.

[2] Esto me es necesario. R. C.

[3] *Est modus in rebus.* R. C.